

*“La tierra de los pequeños agricultores es hereditaria sólo por aquellos herederos que la trabajen personalmente, excluidas aquellas excepciones establecidas por la ley.*

*“Para los bienes que forman el patrimonio de las cooperativas, la ley fija las normas hereditarias.”*

*“Artículo 25.—Está autorizada la expropiación de los bienes por razones de utilidad pública o de interés social, con la debida indemnización.*

*La ley establece el procedimiento para la expropiación y las bases para determinar su utilidad y necesidad, así como la forma de la indemnización, teniendo en cuenta los intereses y las necesidades económicas y sociales del expropiado.”*

IV. La enseñanza mayor que se puede extraer del estudio de la legislación agraria cubana, así como de los dos procesos de Reforma Agraria, sobre todo para los latinoamericanos, es aquella de la importancia intrínseca de la relación que debe existir entre el ordenamiento jurídico y lo que se ha dado por llamar “el derecho viviente”.

Esto es, el hecho del cual tenemos necesidad en nuestros países no es aquel de la promulgación de bellísimas leyes de reforma agraria, con anunciaciones de principios muy justos y humanitarios; sino que, al contrario, debemos ver principalmente el trabajo práctico que se puede llevar a cabo al respecto.

Las leyes cubanas que hemos estudiado, a excepción de la Constitución actual, no son de ninguna manera las leyes de reforma agraria más progresista de América Latina (como enunciación de principios, claro está). Hemos visto tantísimas más bellas, más articuladas, pero al mismo tiempo, más románticas, más utópicas, ya que a final de cuentas, no han servido prácticamente para nada, ya que no existen los instrumentos de trabajo para hacerlas avanzar y progresar.

La ley debe de adaptarse a la realidad, y debe servir para impulsar un cambio de las atrasadas estructuras de nuestras sociedades; y, jamás deben de ser copiadas de ordenamientos extranjeros que no tienen nada que ver con nuestro medio socio-económico, político y cultural.

## LA MUJER EN LA PEQUEÑA HISTORIA COSTARRICENSE

(Introducción a un estudio de historia legal).

*Dr. Jorge Enrique Guier*



LA MULIER EN LA PEQUEÑA  
HISTORIA COSTARRICENSE

Hablar de la función, para usar este término, de la mujer en la historia de Costa Rica, es problema bastante difícil. No es porque no hubiera mujeres en la historia de este país: siempre la mujer anda entre las redes de la historia, con casi la misma importancia que el hombre, aunque a veces no se recuerde en las páginas que los historiadores elaboran. Es más, los hombres famosos en la historia, de cualquier país, siempre tienen, por regla muy general, a la par suya, una mujer que los ha impulsado a actuar. Se les puede haber impulsado por amor, lo que yo creo, o, como dice ahora una mujer importante, Esther Vilar por propio interés, lo que a mí, personalmente, no me convence, por lo sórdido del planteamiento.

Comencemos, ahora, pues, a indagar en rasgos muy generales, cuál ha sido la intervención de la mujer en nuestra historia. Creo que un caso espeluznante, de los albores de la Conquista, ayudará a contrastar la suerte futura de la compañera del hombre en la historia de nuestro país.

Cuenta el Padre Gumilla (cit. por Alfaro, Anastasio, en "Arqueología Criminal Americana", Primera edición, Imprenta Alsina. San José, 1900, págs. 166 y sigs.), refiriéndose a la Venezuela precolombina o a la Venezuela de los albores de la colonia, un caso, que dada la situación general de la América en esa época, sin dudarle, se dió muchas veces en Costa Rica. Reprende el estupefacto sacerdote a una india por la costumbre bárbara de matar a las hijas apenas nacidas, mientras que a los varoncitos se les cuidaba con esmero.

La india Betoya contestó: "Si mi madre me hubiese enterrado luego que nací, hubiera muerto; pero no hubiera sentido la muerte y me habría escapado de tantos trabajos, tan amargos como la muerte misma. Padre, piensa bien los trabajos que sufre una pobre india entre estos indios; ello van con nosotras a la labranza, con su arco y flecha en la mano, y nada más; nosotras vamos con un canasto de trastos en la espalda, un muchacho al pecho y otro sobre el canasto; ellos se van a flechar un pájaro o un pez, y nosotras cavamos y reventamos en las sementeras; ellos a la tarde vuelven a casa sin carga alguna, y nosotras fuera de la carga de nuestros hijos, llevamos las raíces para comer y el maíz para comer y el maíz para hacer su bebida; ellos en llegando a casa se van a hablar con sus amigos y nosotras a buscar leña, traer agua y hacerles la cena; en cenando, ellos se echan a dormir; más nosotras casi toda la noche estamos moliendo el maíz para hacerles su chicha. Y en qué para este nuestro desvelo? Beben la chicha, se em-

borrachan y, ya sin juicio, nos dan de palos, nos cogen de los cabellos y patean... Sabes, Padre, que la pobre india sirve al marido como esclava, en el campo sudando y en casa sin dormir, y al cabo de veinte años toma otra mujer, muchacha, sin juicio? A ella la quiere; y aunque les pegue y castigue a nuestros hijos, no podemos hablar porque ya no nos hace caso, ni nos quiere; la muchacha nos ha de mandar y tratar como á sus criadas, y si hablamos, con el palo nos hace callar. Ojalá, Padre mío, que mi madre me hubiera hecho el cariño de su amor, enterrándome luego que nací, con eso no tuviera mi corazón tanto que sentir, ni mis ojos tanto que llorar”.

La queja dolorosa de nuestra desconocida india podría servir de estandarte al más belicoso de los movimientos feministas de la actualidad. Supongamos que todo el horror relatado fuera cierto, pero de las civilizaciones precolombinas a la civilización cristiana hispánica hubo una gran diferencia. La mujer en nuestra época colonial nunca tuvo que sufrir tanto del hombre, y me atrevería a decir, fue más bien su amigable colaboradora que no la irreconciliable enemiga de la queja indígena.

Es cierto que en la época colonial en nuestro país, nadie vivía en una situación de boyante prosperidad. Apabullaba a hombres y mujeres una gran pobreza, que tanto unos como otras compartían, y hacían esfuerzos comunes para sobrellevar y tratar de aminorar en algo sus crueles rigores.

Si nosotros nos fuéramos con ayuda de la imaginación al San José, al Cartago de la época colonial, nos topáramos con unas ciudades a las cuales ese nombre quedaría bien grande. Por ejemplo, una descripción de San José, ya bien entrada la época republicana, nos dice el viajero, era una ciudad pequeña y compacta, con calles estrechas, dispuestas en cruz y techos de teja colorada. Sobresalían algunos campanarios, pero aquí y allá, entre los tejados rojos, brotaban penachos de verde reluciente, y, a lo largo, las montañas azules que circundan la meseta.

Según Stephens, viajero en 1840 por estos lados, dice que “viniendo de San José, el aspecto que representa (la ciudad de Cartago) es el de una población antigua (recordemos que fue destruída por terremotos en 1841 y en 1910). Las iglesias eran grandes e imponentes, las casas tenían corrales con tapias altas como las mismas casas, y su quietud era extraordinaria. Caminamos por una calle muy larga sin ver a una sola persona, y las calles transversales que se extendían por uno y otro lado hasta muy lejos, estaban desiertas. Un jinete solitario, cruzando a alguna distancia, bastó para llamarnos la atención”.

Tranquilas, más bien pueblones, eran así las ciudades más importantes de Costa Rica en los albores del siglo XIX. Sin embargo, a la mitad de este siglo, un avispa francés llegó de paseo por Costa Rica y él nos dejó, con malicioso encanto parisién, descripción de las modas que usaban las mujeres por tales épocas. “El traje de las mujeres se compone uniformemente de una falda y una camisa escotada y muy abierta, exactamente como lo primero que se pone una europea al le-

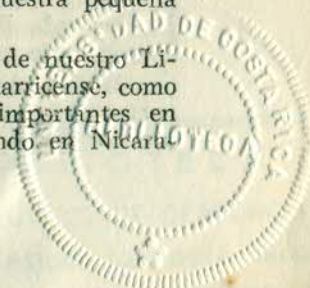
vantarse de la cama. Las costarricenses dentro de sus casas, tienen siempre desnudos los brazos y la mayor parte del pecho. Desconocen el uso del corsé. Tan sólo lo llevan algunas señoras pero éstas visten a la europea, excepto el sombrero que reemplaza con un chal en vez del rebozo. Además, como todas las mujeres, y algunas veces las señoras también, se sientan por la tarde, después de las horas de gran calor, en el umbral de la puerta de sus casas, en la grada más alta, y todas las riquezas del corpiño las ven fácilmente los que pasan, y las costarricenses no se enfadan de ningún modo por que las miren con una atención que es testimonio de su belleza”.

Así nos lo dice el experimentado francés Felix Belly y, es más, se fijó también en la eterna arma de la mujer, la coquetería y nos recalca con gracia inigualable: “Tienen una coquetería particular que hasta resulta del traje. Como sólo salen envueltas en un rebozo, que les sirve de tocado, de corpiño y de mantilla a la vez, si se encuentran con un hombre que les gusta, entrecierran el rebozo, con pretexto de arreglarlo, y de este modo dejan entrever todo el esplendor de su pecho”.

No todo era así de libre en la sociedad costarricense de esta época. Las mujeres y los niños, cuando llegaban visitas a la casa, sobre todo si éstas eran de extranjeros, debían permanecer en los interiores patios y no asomarse a recibir la visita. Pero, esto no obsta, para que ciertas clases sociales ya conocieran, dentro de las mujeres, lo que ahora mal se llama liberación femenina y, si no se me cree, veamos también lo que dice otro visitante a Costa Rica: “Todos son tan acomodados que no se encuentran criadas. Todas las familias pudientes se quejan de no poder encontrar cocineras ni obreras a ningún precio. A la menor observación, hecha del modo más cortés, una cocinera contestá siempre: —Me voy. Y se va. Por otra parte, existe entre ellas la regla de que no deben permanecer más de tres meses en una casa. De suerte que cuando el ama la tiene casi formada, se va para otra parte con lo que ha aprendido. Nada demuestra tanto el bienestar general como esta falta casi absoluta de sirvientes, a pesar del alto precio de todos los jornales. Para hablar en lenguaje económico, hay mucha demanda y poca oferta”. Cuando leo estos párrafos de hace más de un siglo, es grande la tentación de aceptar la teoría de aquel gran sabio rey oriental que exclamaba, tal vez en su amargura de viejo, que no había nada nuevo bajo el sol.

Durante la época de la República, paulatinamente, la mujer va saliendo de su anonimato y empieza a aparecer en la historia de Costa Rica, una pléyade de damas, que rodeadas del halo romántico del siglo XIX, van determinando, más de acuerdo con la leyenda que con la historia, muchos de los hitos más importantes de nuestra pequeña historia.

Por ejemplo, doña María de Jesús Colina, madre de nuestro Licenciado don Braulio Carrillo, arquitecto del estado costarricense, como con justicia se le llama, procreó varios hijos muy importantes en nuestra historia. Sobresalen tres: Don Basilio, trabajando en Nicaragua



gua antes de la Independencia, el Padre don Joaquín, arremolinando gente en Heredia para levantarlas contra la independencia y organizando, con un chapetón atarantado de Alajuela, una revuelta contra don Juan Mora Fernández, que éste acabó con un rápido y efectivo fusilamiento. El Padre Carrillo, expulsado del país, puso en apuros económicos a su madre, a la cual se ve, por los rastros que los papeles dejan en las oficinas, apurada en las finanzas del locuaz sacerdote y, finalmente, don Braulio, al que nos referimos.

Pero hoy no nos detendremos en Don Braulio, sino en su esposa, Doña Froilana Carranza. Mientras Don Braulio trabajaba en mangas de camisa, en horas de la noche, concibiendo los fundamentos de toda nuestra legislación civil, doña Froilana, aunque primera dama de la futura y naciente república, en el cuarto más exterior de la casona de adobes, vendía chayotes, jocotes, flores de itabo y liaba cigarrillos de tabaco con las sobras que la producción autorizaba a vender públicamente. A pesar de su trabajo en la modesta tienda, luego que don Braulio fue traicionado, el General Morazán, por arteras mañas llegó al poder en Costa Rica, pide con humildad a la Junta Calculadora, una especie de Tributación Directa de aquel tiempo, que se le exonere de la contribución que debía pagar en vista de la precaria situación económica, en que la había dejado la suerte aciaga de su marido.

Parece que la historia nos ofrece ejemplos casi siempre de mujeres que han sufrido mucho, pero que por ese sufrimiento, se endurecen como el buen acero, y se lanzan a las empresas que habían iniciado los hombres. Así tenemos también, por ejemplo, a Doña Dolores Jiménez de Sancho, hermana del Licenciado Don Jesús Jiménez, quien al haber quedado viuda por motivos de la Guerra de 1856 y llena de deudas, con un peoncillo de la casa solariega y sus cuatro "niñas", poniendo sus enseres de la casa antañona de Cartago, antes llena de buenos recuerdos, en una carreta pesada y lenta, se fue a su cerco de Tres Ríos, cogió café, plantó almácigos, salvó la finca de la grave hipoteca y levantó, con su esfuerzo, uno de los más sólidos capitales de Cartago. Pero, tal vez en recuerdo de sus pasadas penurias, cuando había salvado y acrecentado su patrimonio, fundó el Hospicio de Huérfanos y el Hospital de Cartago y ayudó a estudiantes pobres.

Doña Lolita también tuvo una hermana a la que la suerte, en un comienzo, también menospreció; se trata ahora de Doña Ramona Jiménez de Peralta, quien viuda también, llena de hijos y pobre de solemnidad, imitó a su hermana, tomó sus cosas y fue bajando hacia las márgenes del Reventazón. Con unos cuantos peones, machete en mano y sin miedo a lo terrible de la zona, legendaria productora de enfermedades tropicales, fue levantando, donde todos antes habían fracasado, la Hacienda Pejivalle, que acrecentó la riqueza agrícola de la vieja Cartago y permitió a la dulce pero valiente viuda, criar a toda su familia.

Doña Lolita, como buena cafetalera de Tres Ríos, necesitaba exportar sus productos a Chile o a Inglaterra. Cuando alrededor de la primera mitad del siglo XIX comenzaba la exportación del café por

Puntarenas, el largo viaje se hacía desde el interior hasta el puerto en lentas filas de carretas cubiertas con toldos de cuero, pero se tropezaba con un río caudaloso antaño, el temible río Jesús María. En sus márgenes las carretas se hundían en el lodo suave, muchas se volcaban al quebrarse las ruedas que chocaban contra las piedras, otras al vadear el río, se perdían irremisiblemente en las crecidas. Era necesario construir un puente para salvar las cosechas. Los dineros de que disponía el Estado costarricense no alcanzaban para hacer tal obra de mampostería. Entonces, doña Lolita organizó una cruzada de damas cafetaleras. Se recogieron muchos fondos, de ahorros, de venta de cosas atractivas que se guardaban en las casas, y todo ese dinero reunido se invirtió en la construcción del puente sobre el Río Jesús María. En 1844 se inauguró la obra, una primera, una segunda y una tercera carretas llenas de café pasaron airosas sobre el bello arco de mampostería. Las mujeres costarricenses habían salvado la economía nacional de esos años de pobreza, y el puente, elegante y sobrio, con la elegancia y la sobriedad que lucen las cosas útiles que se hacen con el esfuerzo colectivo, llevó y llevará siempre el bello nombre que ostenta: Puente de las Damas.

Pero no todo ha sido paz y producción de riqueza en el país tranquilo y amodorradamente tropical. A veces, las sociedades, para despertarse y cuenta de sí mismas, necesitan un fuerte sacudimiento. Ese sacudimiento primigenio de nuestra sociedad no se dio con la independencia ni con los problemas posteriores a ella, sino que se perfiló claro con la invasión que sufrió Centroamérica por el filibustero en 1856. Caída la República de Nicaragua, la mente clara, decidida y sagaz de William Walker, fría, como sus ojos verde claro, vio que Costa Rica era un buen punto siguiente para la consolidación de sus esperanzas centroamericanas. No en vano su escudo decía "Five or non" (Cinco o ninguna). Pero, levantado el pueblo costarricense en defensa de su libertad, y confirmando verdaderamente su propia personalidad como pueblo, se fue a la guerra, a la defensa del territorio nacional. En esta guerra de verdadera liberación, algunas mujeres se destacaron: por un lado, la esposa del Presidente de la República, Doña Inés Aguilar de Mora, ayudó a su marido a la recolecta de fondos. Mucho sufrió después doña Inesita con el fusilamiento de su marido, en el cual intervino, por razones políticas y comerciales oscuras, su hermano, don Vicente Aguilar y su concuño don José María Montealegre, pero de estos actos bochornosos de la historia costarricense, es mejor lanzar un velo oscuro que los cubra.

Por la época había una extraña mujer que vio unido su nombre a varios hechos convulsivos en Costa Rica. La enigmática Doña Anacleto Arnesto de Mayorga. Mujer de temple varonil, intrigante y metida en política. Ayudó a recolectar fondos para el 56 pero también, antes, cuando la caída de Morazán en Costa Rica, primero había ofrecido apoyo en su casa, junto con toda la ciudad de Cartago, al vencido general, pero, finalmente le traicionó o le quitó el apoyo, no está claro el asunto, y de su casa, fue conducido Morazán prisionero para ser

fusilado en San José; su compañero, el general José Miguel Saravia, con miedo, se había envenenado en la sala de la casa de doña Anacleto, donde poco antes, con gran aparato se habían velado los restos del General Lamar, exhumado para ser enviado a Perú. De Doña Anacleto, personaje de leyenda, se dice que tenía conectada su casa con una lejana finca en los alrededores de Paraíso, por medio de un túnel. Ruinas de su casa campestre todavía se ven por allí, llenas de murciélagos y pudriéndose en su descuido. Al frente de esas ruinas, doña Anacleto había mandado construir un laguito artificial; al medio de él, se levantaba una glorieta que la leyenda hacía desembocadura de su túnel, pero la gracia y la exquisitez de la aristocrática dama, sufría con su laguito sin flores. Lo fue cubriendo de lirios, grandes campanas de hojas verdes jugosas daban flores de pálidos rosados, atractivos celestes, relumbrantes blancos y fúnebres lilas. El desagüe del laguito desembocaba en el Reventazón y, por esos milagros de la naturaleza, las semillas, los bulbos se fueron escurriendo perezosamente desde allí hasta encontrar reposo en el Atlántico, en las pacíficas lagunas del Tortuguero. Doña Anacleto Arnesto de Mayorga, a pesar de sus misteriosas alianzas políticas, fue la bella jardinera del Tortuguero. Sus flores, sus amados lirios, desaparecieron de la lagunilla de Paraíso, casi seca y enlodada ahora, pero reflorecieron con esplendor inigualable en la lejana playa atlántica.

En la Guerra del 56 una mujer de la llamada clase baja, no permitió que los hombres se fueran solos a la lucha, ella, arremangándose la enagua, afianzándose el chal alrededor de la cintura, siguió fatigosamente por los caminos polvorientos de Costa Rica, a pie, desde la Meseta Central hasta el Guanacaste, al ejército costarricense. Lavaba platos de lata, aporreaba camisas y pantalones de soldado en las aguas de los ríos. También cocinaba el miserable rancho del ejército hambreado y cansado. Ella, adelantándose casi un siglo a las soldaderas mexicanas, hizo su papel en la guerra del 56. Pero no sólo allí acabó su femenina intervención. Cuenta la leyenda, no sé si la historia lo corroborará, pero eso nada importa, porque a veces la leyenda configura fragosidad de una pelea, Pancha Carrasco empuñó también el fusil de chispa y, con sus soldados, rescató un cañoncillo que fue determinante para ganar esa batalla. Se podría decir que es la primera mujer costarricense que intervino en una acción armada.

Para contrarrestar el ruido de las batallas, las intrigas políticas y los negocios cafetaleros, démonos, todavía con la imaginación de la mano, vuelta por algunas casonas costarricenses de mitad del siglo pasado, donde la comodidad, la seguridad y el bienestar, habían dado lugar a que floreciera la exquisita flor del arte al cuidado de la dulzura de la mujer.

En la casa de Don Manuel G. Escalante y doña María López del Corral y Nava, opulentas y aristocráticas familias costarricenses que se habían reunido en ese lujoso matrimonio, nació en el mes de julio de 1816, propiamente el día de Nuestra Señora del Carmen, una niña de

excepcional belleza. Sus padres la cristianizaron con el nombre de Manuelita. Adolphe Marie, el periodista francés radicado entre nosotros, a la mitad del pasado siglo, en la nota necrológica dedicada a la niña Manuelita nos dice que era "literata sin nombre, y quizá más digna de él que algunas que le usurpan en Europa, ocultaba en su modestia el saber que tantos desvelos le costaba, como la perla oculta en su concha el mérito que la distingue". Manuelita, al fin y al cabo estamos en la mitad del siglo XIX, que vio nacer ese maravilloso movimiento del romanticismo, murió muy joven, contaba apenas con treinta y tres años de edad. Su educación, su erudición, era francamente apabullante, aún para una mujer culta de nuestra época contemporánea. Nos dice Adolphe Marie, quien la trató personalmente, que conocía muy bien la historia universal. Tenía una obra en cuarenta volúmenes que comprendía a Herodoto, a Plutarco, Tito Livio, las invasiones bárbaras hasta su propia época.

Pero no sólo en la historia se quedaba su saber. Conocía con gran cuidado la gramática española y la francesa, amante de la verdad en su forma más estricta, estudió lógica, se interesó en la metafísica de Tracy, gran admirador de Voltaire y sensualista en sus concepciones filosóficas. También estudió ciencias en los cuadros de Duval y le interesaba con grande atracción la geología. Durante las tranquilas horas del día se dedicaba a leer a Tácito, y en la noche proseguía con sus estudios de literatura universal. Tenía pasión por Tácito. De este escritor decía Manuelita: "es el más profundo de todos los siglos y el que más conoció el corazón humano. Dudo que los modernos puedan exceder a los antiguos en ingenio y sublimidad, aunque los aventajen en delicadeza y corrección".

Manuelita Escalante poseía una memoria increíble; recitaba todas las figuras de la retórica usadas en su época, desde la antítesis hasta la prolepsis y desde el apóstrofe hasta la personificación. Recitaba versos de la gran literatura española con gran pericia. Marie nos dice que se volvían canción en sus labios, las églogas de Garcilaso, las odas del maestro León, las canciones de Herrera y la epístola moral de Rioja.

Su sensible espíritu de artista, "se deleitaba en discurrir sobre la belleza y la sublimidad de los objetos externos de la naturaleza y muy especialmente sobre la belleza del movimiento y de la figura, del rostro humano y de los colores. La de las escenas campestres, que tanto se adaptaba a su carácter melancólico, producía en su alma sensaciones dulces y risueñas".

Marie nos cuenta que sus poemas se caracterizaban por su estilo claro y lógico, puro y propio, natural y conciso. Desgraciadamente no se conoce ninguno.

Pero la muerte concluyó prontamente con esta mujer que fue hija respetuosa, hermana apasionada y amiga muy sincera. Se dice que su mal se debió a la muerte de un hermano muy querido. Marie, con el encanto romántico de esa época nos informa sobre su tránsito. "Así, en la agonía prolongada de su muerte mostró la resignación del justo

y desplegó un valor propio de los héroes. Rodeada de su digna familia y asistida de sus incomparables hermanas, miró al cielo, se despidió de la tierra y exhaló el último suspiro. Difícilmente pueden hallarse reunidas tantas virtudes domésticas, tanto saber y cultura, tantas cualidades del espíritu, tantas gracias y atractivos". Como lo insinúa Marie en su nota necrológica, Manuelita Escalante fue un caso excepcional en la historia femenina costarricense.

Imaginémonos ahora una vieja casona en uno de los barrios lujosos de la capital. Se trata del llamado Paso de la Vaca, a mitad del siglo pasado. Todavía la casona, despedazada, dedicada a negocios de barata, agoniza ahogándose dentro de un barrio que ahora es de mala muerte. La vieja casona, de patio central amplio, grandes corredores de cuyas vigas colgaban flamantes macetas de helechos, una tapia con guarías, una de las habitaciones, una vetusta sala, se llenaba con varios taburetes de cuero, una mesa al centro, un quinqué y cuadros de estampas en las paredes. Una mujer ya entrada en años, tal vez por los cincuenta ya bien pasados, vestida de negro, con un relicario que cerraba su cuello de encajes, con un chal de lana sobre los hombros, daba órdenes tajantes a los sirvientes de la gran casa. Había que preparar el chocolate, acompañado de pan dulce, hermosas y doradas empanadas de queso que se derretía, pastelillos de piña y de mora, de arriscados bordes. En la noche, en la casa, se celebraría la habitual tertulia. Políticos, tal vez el Padre Vicente Castro, el Padre Arista, asistía, junto con artistas, masones, pintores y poetas. En la casa de Regina Taboada se reunía el pensamiento liberal costarricense, el liberal antes de la entrada ya decidida del liberalismo. Su conducta era criticada por las adustas matronas de la época. Incluso su nietecilla, una fogosa rubita de ojos verdes como el mar, que andaba viendo los andares de la abuela, fue llevada para su crianza a la casa de un descendiente de la hermana de Regina. La todavía más adusta doña María de Jesús Taboada de Avellán.

Por la sangre de Regina Taboada corre la de don José Rafael de Gallegos, hermano de su madre doña María. Doña María enviudó joven, apenas tenía veintiséis años. De allí que de ella nacieran dos hijos, sin padre conocido, progenie uno de ellos de una gran familia costarricense: Don Felipe Gallegos. El otro, Don Nicolás Gallegos, murió soltero, fue Rector de la Universidad de Santo Tomás y escribió el primer libro de filosofía en Costa Rica. A pesar de todo, Regina muy joven, reivindicó de su madre, que gastaba a manos llenas el patrimonio familiar, lo que le correspondía por la herencia de su padre difunto. El temple de Regina Taboada, su preparación y su interés por la política la hizo centro de una época. Un hombre francés, llegado al país, fue llevado por alguien a la tertulia de la vieja casona, a conversar con doña Regina y a saborear el chocolate y las confituras. Este hombre era Achilles Bigot, quien había venido para pintar a todos los hombres y mujeres importantes del país, alrededor de 1860. Nos dejó una mujer adusta, de mirada serena, de ancha frente inteligente,

de boca plegada en una sonrisa volteriana de burla muy bien disimulada, o tal vez de superioridad, de unos ojos fijos que parecen todavía mandar.

En 1842, en el Guanacaste, ocurre una sangrienta novela. Sus personajes son: Don Pedro Molina, el primer filósofo centroamericano, prócer de la independencia, amigo íntimo y consejero del General Morazán, el Teniente Manuel Angel Molina, hijo de don Pedro, el mismo Morazán y Chepita Elizondo, llamada la Bella del Guanacaste.

El Teniente se vino a Costa Rica a encontrar a su padre y a sus hermanos. De paso por el ardiente Guanacaste conoce a Josefa Elizondo. Se enamora profundamente de ella y pide su mano. El noviazgo se formaliza con todos los requisitos provincianos y decimonónicos. El Teniente, lleno de gozo, sigue a San José para arreglar, antes que todo, su próxima boda. A veces, no casi siempre, las mujeres pueden ser veleidosas y en su veleidosidad arrastrar la tragedia. No más que el teniente salió de Guanacaste, cuando Chepita cede a los amores de Eduviges Guillén. Con espanto, el teniente Molina se entera de su desgracia y se devuelve al Guanacaste, pero la Chepita está decidida a romper el compromiso. Desengañado, adolorido, el Teniente Molina cogió unas graves calenturas, se le trastorna el cerebro y crea la fantasía de raptar a la Bella del Guanacaste.

El plan cuidadosamente elaborado fracasa. En su demencia, dolido por el ridículo y las burlas de todo el Guanacaste, decide proclamarse Comandante General. Dieciséis hombres convencidos lo acuerpan. Atacan el cuartel y en la lucha muere su rival.

Se entera el General Morazán. Se le cuenta con mañas que Molina piensa entregar el Guanacaste a Nicaragua. Lo cree y ordena el fusilamiento del Teniente Molina. Don Pedro, el héroe, el escritor, el prócer, llora ante el General pidiendo la vida de su hijo demente. No hay clemencia. La bella del Guanacaste, en su frivolidad, destrozó el corazón del viejo padre, deshizo la amistad suya con Morazán, mató a su segundo pretendiente en una batalla disparatada y fue culpable del fusilamiento de su novio. ¡Pobre la Bella del Guanacaste!

Cuando se declaró Costa Rica república independiente y soberana, allá por los años de 1848, el Dr. José María Castro Madriz, quiso estrenar una bandera, pues sobre nuestro cielo había vuelto a ondear efímeramente la de la Federación centroamericana, impuesta por el General Morazán. Doña Pacífica Fernández de Castro, lo mismo que su esposo, amaban la enseña francesa. Un día doña Pacífica se dedicó a coser los colores patrios y así tuvimos nueva bandera, la que nos cobija todavía.

A otra mujer, a doña Emilia Solórzano de Guardia, según la bella leyenda costarricense, aneja a la afable, piadosa y trabajadora alajuelense, se debe que su marido, el General Tomás Guardia, cuando gobernaba al país, con Constitución o sin ella, que poco le importaba, se emitiera un decreto declarando inviolable la vida humana. Fue doña Emilia primera dama del país por más de una década y se cuenta, que el General un día le dijo le indicara qué deseaba más para su cumpleaños, una joya, un vestido francés, algún vistoso mueble, pero

ella, educada en esa tradición alajuelense de un bello liberalismo, con dulzura le pidió que proscribiera del país la pena de muerte. El General Guardia, lo meditó, y le gustó la idea, y uno de los más fundamentales tesoros de nuestra legislación vio la luz. Fue por la gracia de la joven alajuelense que en Costa Rica se prohibió rotundamente la pena de muerte y se declaró inviolable la vida humana, adelantándonos en mucho, a los países más cultos del globo que todavía la mantienen. La gracia femenina, aunque no sea cierta la anécdota, ilustra un galardón inextinguible en la constitución natural de la mujer: mantener la vida humana.

A fines del siglo pasado o a principios de este siglo la política y el amor, una vez, se enredaron en tres personajes muy bien conocidos de la historia costarricense: Don Ricardo Jiménez, Don Cleto González Víquez y el General don Bernardo Soto. Don Ricardo fue entusiasmado novio de Doña Adela Herrán, luego esposa de Don Cleto; don Ricardo dice en una carta: "Ya mis amores con Adela, son apenas un recuerdo. Comenzaron nuestros disgustos por exigencias e intolerancias mías, me arrepentí después, pero ya ella no creyó o no quiso creer en mis protestas y la ruptura fue completa. Decirle a Ud. que estoy muy resignado es decirle la verdad, decirle que estoy muy contento y que no he sufrido mucho, sería decirle una falsedad".

Otra novia de Don Ricardo fue Doña Pacífica Fernández Guardia, hija de Don Próspero Fernández Oreamuno, quien fue Presidente de Costa Rica de 1882 a 1885, hermano de Doña Pacífica Fernández Oreamuno, esposa del Dr. Castro Madriz.

Pero la suerte romántica de don Ricardo andaba algo mal. En carta dirigida a un amigo suyo residente en París le comunica: "Estoy enamorado, no de Adela, ya eso se concluyó, sino de otra prima de usted, que temo mucho no le sea simpática; pero me hago la ilusión de creer que si usted la conociera cambiaría de impresión, pues tiene encanto bastante para que uno no mire en ella sino a ella misma. ¡Cómo será ese encanto cuando ha podido hacer que yo me le acerque, a pesar del abismo que me separaba de su familia! Sin más datos habría ya usted comprendido que es Pacífica de quien hablo. Al juzgarme tenga en cuenta que aquí no se presenta el arte bajo la diversidad de formas o de manifestaciones seductoras que en París, y que entonces es explicable que uno le rinda culto en la única manifestación que aquí tiene: la mujer". Esta carta fue de diciembre de 1883.

Estando don Ricardo en Nueva York, en labores de gobierno, en 1885, escribe a su amigo Don Wenceslao de la Guardia, quien le había comunicado el matrimonio de Doña Pacífica con don Bernardo Soto: "Estando allí, (se refiere a México), supe que Pacífica hizo lo de la mulita de que usted me hablaba: resistirse en lo más llano del camino. En el primer momento, su matrimonio con Soto me impresionó, pero bien pronto ví aquello como una verdadera dicha para mí".

Pero las aventuras de Don Ricardo, en el campo de la galantería, no acabaron aquí. Hacia 1882, de Escazú, llegaron a coger café en una hacienda de la Sabana, dos extraordinarias muchachas: Vicenta y Beatriz Zamora. Ambas andaban descalzas, pero su blanquísima piel, sus negros ojos y su pelo, hizo que su patrona las trajera a San José, como empleadas de su casa. Las Zamora aprendieron en esa rica mansión a vivir de modo distinto. Cuando ambas tomaron el sendero de la vida galante, para hacerse amigo de las Zamora se necesitaba ser alguien, tener nombre, fortuna, cultura, distinción. Indiscutiblemente las dos bellas de Escazú preferían a los hombres talentosos.

Las Zamora habitaban una casa al costado de la Iglesia de la Merced. La alta sociedad costarricense las volvía a ver con ciertos remilgos pundonorosos y cierta adustez que condenaba, lo que a principios de este siglo, se tenía en este bello pueblón de San José, como conducta bastante ligera. Don Ricardo paseaba por allí. Una de las hermanas lo envolvió en sus ojos negros. Trigueña, muy bien formada, pero no digna de fijarse en un joven de tan brillante porvenir. Don Ricardo, dándole una cachetada a la remilgada sociedad josefina se junto a vivir públicamente con la bella Beatriz Zamora. La sociedad la hizo cuidadosamente a un lado. Don Ricardo no se inmutó, y así, por las habladurías josefinas, la bella Beatriz Zamora se convirtió en un personaje de novela: su amabilidad, su candorosa alegría inata, su falta de respetos aristocráticos hicieron que pronto se viera castigada con un mote infamante: la Cucaracha.

Don Ricardo descubrió que Beatriz era mujer muy inteligente y dotada de gran sensibilidad para la belleza artística. Tenía una notable memoria que le permitía aprender con facilidad. Estudió francés: llegó a leer a Víctor Hugo en su propia lengua; estudió piano, pero lo que la distinguía era su innata caridad. En Cartago, conoció a un pianista pobre, llamado Amando Obando, que no tenía piano. La Cucaracha le regaló uno. "Esa mujer que amaba las sedas —nos cuenta un escritor costarricense—, los perfumes y los brillantes era muy sensible al dolor y a la pobreza ajenos; su caridad cristiana fue notoria y jamás un corazón adolorido, un alma angustiada se alejaron de ella sin ser consolados; nunca una miseria o angustiosa necesidad dejaron de ser remediadas por ella si su bondad o su dinero podían remediarlas".

Don Ricardo nunca se había casado con Beatriz. El Nuncio Apostólico, Monseñor José Fieta, al finalizar el segundo período presidencial de don Ricardo en 1928, con tacto florentino e inteligencia jesuítica, inició la ofensiva para que Don Ricardo y Beatriz se casaran por la Iglesia. Triunfó el sacerdote en sus gestiones, y al fin logró casarlos en forma privada. Al tres veces Presidente de la República lo casó con Doña Beatriz Zamora López el 21 de diciembre de 1928. Don Ricardo contaba con setenta y nueve años y doña Beatriz con cincuenta y siete.

Cuenta Gonzalo Trejos, que poco "antes de morir, muy suavemente, teniendo una mano de Don Ricardo entre las suyas, con emocionada ternura le dijo doña Beatriz 'Me siento muy mal, muy enferma

... quiero decirte que siempre me gustaron el lujo y las comodidades y le tuve horror a la pobreza; por eso cometí faltas que Dios me perdonó porque vos me las perdonaste... quizá por última vez quiero repetirte que en mi vida sólo tuve un amor verdadero, y ese mi amor grande y profundo como el cielo y el mar, has sido vos Ricardo...". Si las anteriores frases de Doña Beatriz no son ciertas, sino producto del último aliento del romanticismo en Costa Rica, bien adelantado ya nuestro siglo, nada importa, son bien bellas y, por eso, merecen ser ciertas.

Con aquel infamante mote de la Cucaracha, ha pasado a la historia, una mujer de origen muy humilde, de conducta un tanto criticable —en su época—, que llegó a ser la primera esposa del hombre público más distinguido que ha producido el país, siendo Primera Dama de la República, desde el 8 de mayo de 1932, hasta el día de su muerte, el 6 de febrero de 1933, día del cumpleaños de Don Ricardo.

No todo ha sido rosado para la mujer costarricense, hay unas que han hecho del sufrimiento una condición de heroicidad. Una de ellas, que el gran poeta costarricense, Carlos Luis Sáenz, llama la rosa marchita, inicia esta carrera de dolor y tristeza. La hermana de Don Juan Rafael Mora, doña Guadalupe, era esposa del General don José María Cañas. Doña Lupita se enfrentó con valor indomable a los dolores de la Guerra del 56, a las congojas y sufrimientos de la peste del cólera. Poco antes de la batalla de Santa Rosa, el General envía a su amada Lupita una rosa que acaba de cortar, para ser recuerdo suyo si muere en la lucha. Luego la política enredó al General Cañas con su cuñado; intentan una invasión a Costa Rica que fracasa, dos horas antes de ser fusilado escribe una carta despidiéndose de su Lupita. En ella el General la aconseja para que pueda soportar la pobreza que se acerca y le anuncia que probablemente no podrá conseguir nada de sus bienes. Doña Lupita conservó siempre al lado suyo una rosa marchita y una carta escrita por su marido poco antes de morir. Era la herencia que tenía de su amado esposo.

La política en Costa Rica mantuvo caballerosamente a un lado a la mujer del vencido. Cito ahora el preámbulo de un proceso que en Costa Rica puede tildarse de infamante.

"En nuestras grandes convulsiones políticas, el espasmo del odio, encausado oficialmente por los vencedores, jamás llegó hasta las esposas de los gobernantes derrotados. Entre ellas y aquellos siempre se interpuso la exquisita caballerosidad de antaño. Don Braulio Carrillo salió del país con la execración de sus contemporáneos para morir en el exilio; y tanto el general Morazán como los numerosos y enconados enemigos del proscrito se inclinaron siempre con hidalguía ante doña Froilana Carranza. Cinco meses después la histeria popular sacrificó al paladín de la Unión en la plaza mayor de San José, en una verdadera orgía de hiel; y, sin embargo, para doña María Josefa Lastiri los costarricenses sólo tuvieron respeto y piedad. Don Juan Rafael Mora cayó frente al pelotón de fuego en Puntarenas; y a pesar de los chismes

josefinos acerca de las concupiscencias fiscales del Héroe, a doña Inés Aguilar nunca se le exigió la explicación humillante del origen de su paraferna. Don Jesús Jiménez fue derrocado por un grupo de bravos muchachos que se habían llenado de gloria en el 56; y no sólo el General Guardia, sino también los exaltados convencionales que reclamaban furiosos la cabeza del ex presidente, cubrieron noblemente con un manto de consideración a doña Esmeralda Oreamuno. El General Tinoco abandonó el poder después de una guerra dolorosa, acusado por el delito de rebelión militar contra las instituciones de la República; y nadie pensó en escarnecer a doña María Fernández, pidiéndole cuenta sobre su hacienda personal.

"No es sino hasta ahora (el autor se refiere a setiembre de 1948) cuando el imperio de un decreto-ley obliga por primera vez en Costa Rica a la esposa de un presidente, bajo la afrenta de una presunción de fraude, en compañía de otras damas, más de una de ellas cubierta por el escudo protector de su alcurnia prócera, a sentarse en el banquillo repulsivo de los acusados y a justificar la procedencia de su modesto y bien habido caudal". Hasta aquí la cita.

El Ministro de Justicia de aquel gobierno de facto, explicando los alcances de ese decreto-ley que declaró por malhechores públicos a un grupo de costarricenses, adversarios políticos suyos, dijo: "es necesario tener presente que se trata de una medida netamente revolucionaria, encaminada a liquidar uno de los más odiosos aspectos del régimen derrocado, y que, por lo tanto, se aparta en varios puntos de los principios generales que inspiran nuestro derecho común" (Diario de Costa Rica, 8 de junio de 1948).

A pesar de todas las presiones, el Tribunal revolucionario, odioso desde su origen, en sentencia de las 8 horas del 21 de julio de 1949, tuvo que declarar: "La realidad del proceso no permite suspicacias sobre el origen de los bienes de aquella, relacionado con el Tesoro Público, la Hacienda Municipal o la de las instituciones autónomas de la Nación".

Me refiero a doña Etelvina Ramírez de Picado. De origen humilde, pero elevada por una voluntad extraordinaria y una clara inteligencia, hacia donde ella quiso llegar. Tenía doña Etelvina el trato suave, dulce de una gran mujer, con la capacidad increíble de llegar a convertirse en madre y amiga de quien tuvo el privilegio de tratarla. Nunca doña Etelvina perdía esa grandiosa serenidad, esa serena grandiosidad, que depara el sufrimiento profundo y hondo, meditado y racionalizado.

Fue compañera insustituible de su esposo Teodoro Picado Michalski. Conllevó con él —hombro a hombro—, la tragedia del sacrificio al momento político efervescente. En el exilio y en la enfermedad, doña Etelvina afrontó las más grandes amarguras; de Primera Dama de la República a la pobreza máxima en la tierra cálida de Nicaragua. Lo único que llevaba en sus manos, el día que dejó el país en medio de una ola de bochorno, fue un crucifijo. Símbolo ese Cristo del dolor en el exilio.



Volvió a su patria —que mal la había tratado—, sin resentimientos, cuando trajo el cadáver de su esposo, para dejarlo bajo el cobijo de su tierra natal en Paraíso de Cartago. La mujer perseguida por infames tribunales especiales, levantó en alto su frente inmaculada, desafió al destino adverso, y se impuso, por su honradez y delicadeza exquisitas, a unos grupos que antes la habían perseguido, como perros de jauría enloquecida, por la virtud de su altura, de su don de gentes y de su sonrisa inolvidable.

Doña Etelvina, la recuerdo, casi siempre vestida de negro, balanceándose en su mecedora, como un jirón de la historia costarricense. Ella conservó siempre en el fondo de su corazón la vida que había vivido de la altura del poder a la tristeza más grande del desprecio y la pobreza, pero siempre manteniéndose dentro de la más pura ecuanimidad, dentro del más alto sentido de la dignidad, de la nobleza, siendo un ejemplo para los que hablábamos con ella y para todas las mujeres costarricenses. Nunca una palabra fuera de tono ni un insulto salieron de su boca. La amargura del dolor nunca obnubiló su visión del mundo. Su amabilidad connatural, su afabilidad exquisita, su educación tranquila y suave, son un ejemplo imperecedero, de la más grande heroicidad en el silencio y el dolor; su estoicismo virtuoso, incluso cuando perdía la vista cada vez más, casi ciega, derramaba a borbotones, lo que la más grande dama de la historia pudiera desear.

Con la muerte de doña Etelvina una etapa histórica parece cerrarse; no es que un segmento de la historia haya concluido, ésta sigue impertérrita siempre hacia adelante, sino que una época se repliega sobre sí misma, se hunde dentro de un pensamiento propio no compartido y acaba, viendo cómo los héroes de su momento van encontrando ya la paz eterna, la suprema tranquilidad, el olvido del sufrimiento cotidiano, dan la espalda a los quehaceres dolorosos y fatigantes de los hombres y, como un premio magnífico, se complacen únicamente en la contemplación infinita y eterna del rostro de Dios...

Conciente estoy de que no he hablado ni siquiera mencionado a muchas mujeres muy importantes en nuestra historia. Por ejemplo, nada se ha dicho aquí de Carmen Lyra, la adorable Tía Panchita, la heroica María Isabel Carvajal, perseguida, humillada y vejada aún después de su muerte, en el día de su entierro; tampoco he mencionado a Yolanda Oreamuno, nuestra insigne novelista ni me he referido a las mujeres que ahora enseñan en la Universidad de Costa Rica ni a las que han sido ministros ni a las que manejan grandes empresas comerciales. Tampoco he dicho nada de la mujer que cada uno de nosotros considera la más importante en su vida y, también, a la más importante en su historia, a la que nos ha dado vida, cariño y educación, a la madre de cada uno de nosotros.

Con esto deberíamos concluir, de la historia cuando se vuelve tan actual no se puede hablar, todos la vemos, todos la palpamos y todos la podemos juzgar. Generaciones nuevas de mujeres se levantan en Costa Rica, ellas son nuestras amigas, nuestras contemporáneas, ellas

—sin duda alguna—, podrán llenar nuestro país de fama, pero nunca olvidando, que a pesar de que las épocas fueron distintas, no son producto de una generación espontánea, como si el auge comenzara aquí y ahora, o una treintena de años para atrás, sino que la corriente viene desde muy lejos, pasando muchas veces silenciosa por la intrahistoria, para florecer ahora. El presente lo vemos, lo palpamos, las mujeres y los hombres tenemos una gran responsabilidad. Sobre nuestros hombros pesa todo el destino de nuestra patria.